

Martina tiene muy mal despertar. Cuando empezamos a vivir juntos, yo era propenso a buscar su desvelo mañanero de forma cariñosa. “Si tienes ganas, métete en el baño, pero a mí déjame en paz”.

Me ato los cordones de las deportivas, que descansan debajo de la silla. Debería correr más, Martina me lo tiene dicho. Yo antes quería participar en maratones, era una de las metas deportivas de mi vida. “¡Alma de cántaro, bastante será que avances cien metros sin ahogarte!”, me decía Martina. Tenía razón. Hay que ser realista.

Avanzo hacia la puerta todo lo despacio que puedo. Tendría miedo de caerme con algo, pero en mi apartamento apenas tengo muebles. No estamos para gastos tontos, y menos con lo que están apretando en el trabajo. El trabajo, siempre el trabajo. Con lo que a mí me hubiera gustado irme de gira con el grupo de *heavy metal* que teníamos. “A dormir en la calle y comer basura, a eso os va a llevar, Agustín. Quitate esas cosas de la cabeza”. Tengo que ser sincero, menos mal que encontré a Martina. Soy de esas personas que necesitan a su lado a alguien que les haga mantener los pies en la tierra.

Abro la puerta y me dispongo a salir. Sin embargo, no soy capaz, me quedo paralizado en la entrada. El sudor frío está volviendo, mi corazón se acelera con un terror injustificado y extraño. Oigo cómo Martina se mueve en la cama, rozando las sábanas con su cuerpo, produciendo un siseo extraño que me pone la piel de gallina. Algo me dice que está despierta, que no he logrado ser lo suficientemente silencioso. Respiro hondo y vuelvo a cerrar la puerta. Tengo que dejarme de tonterías. Solo ha sido una pesadilla.

A pesar de que recupero el autocontrol y camino de nuevo hasta la cama, mi imaginación enferma aprovecha un último momento de duda para reírse de mí. Y, durante un instante que se me hace eterno, tengo la extraña sensación de que ocho ojos brillantes vigilan con detenida atención cada uno de mis movimientos.

Andrés Castellanos Gallego